



Fotos: Juan Carlos Benítez Ibáñez

REMEMORANDO

Siempre gustó a los hombres y las mujeres congregarse para ver cómo sus enemigos perdían la vida. Siempre se hizo un espectáculo de la eliminación del enemigo. Y siempre fue difícil diferenciar entre los que disfrutaban sin darse cuenta de lo que pasaba, los que lo sabían perfectamente y lo utilizaban para beneficio propio, y los que lloraban en su interior la injusticia del mundo sin atreverse a llevar la contraria a los poderes de la tierra. Todo era confuso y lo sigue siendo. ¿Cómo distinguir entre la multitud cuando las formas de estar son tan parecidas?

¿Os habéis fijado en los que contemplan detrás de una cristalera a los condenados a la silla eléctrica o a la inyección letal? Unos quieren cruzar una vez más los ojos con el condenado para mostrarle su victoria, otros para ofrecerle un poco de piedad mientras muere. Y así sigue siendo entre nosotros estos días, ahora con este condenado atado a un trozo de madera que tiene su misma forma, que posee sus mismos ojos y manos, sus mismos pies y su mismo pecho.

Año tras año se repite su misma palabra: *Ha llegado la hora. Hay que subir a Jerusalén,*

donde se hacen fuertes los poderes del mundo. Y aquí estamos de nuevo, en Zamora, bajo el deseo de Jesús de mostrar su amor de hermano hasta el extremo, y dispuesto a escuchar las palabras de los habitantes de Jerusalén: *Crucificalo, crucificalo. Porque conviene que uno muera por nosotros.*

¿Y los otros?, ¿los que suben con él?, casi escondidos después de estar por los caminos de Galilea riendo y llorando a su lado. A ellos Jesús les ha dicho en la intimidad: *Orad para ser fuertes en la prueba.* Y se lo ha dicho



varias veces, aunque ellos están convencidos de ser más fuertes que nadie, de poder mantener su fidelidad pase lo que pase. Jesús *no se fía* de unos ni de otros, *porque sabe lo que hay en el corazón del hombre*, lleno de debilidad y miseria. El hombre de entonces y el de ahora.

Así que una vez que había dibujado su amor a todos por los caminos y las casas, por las plazas y los embarcaderos... se calló y dejó hacer cuando vinieron a prenderle. Era sorprendente. Tantos y tan distintos en una manifestación común. ¿Cómo podía ponerse de acuerdo gente tan diferente? En un mismo beso Jesús podía sentir razones políticas, económicas, religiosas... que lo buscaban para alzarlo en la cruz. Si lo volvían a clavar en la madera, Zamora no se hundiría en la indiferencia de la sociedad española que se había apuntado desde hacía tiempo a un concurso sobre quién tiene más declaraciones de interés regional, nacional e internacional; si lo volvían a clavar en la cruz, se reactivarían las

ventas, al menos por unos días; si lo volvían a clavar en la cruz los capitanes de legión aparecerían de nuevo en el centro de la foto; si lo clavaban en la cruz los sacerdotes volverían a creerse con dominio sobre la sociedad. Así que, como antaño, Pilato, Herodes y Caifás se hicieron amigos, aunque por dentro no pudieran ni verse.

Con el mismo dedo de Pilato todos apuntaban a Jesús para mostrar la belleza del golpe de la gubia en su cuerpo de madera y el bordado de una túnica que le regaló una prima desconocida de Cafarnaún. Todos se llevaban el dedo a la boca para pedir silencio y escuchar las marchas fúnebres que ocultaban la atrocidad del morir y la indiferencia por el que tenían delante. Todos esperábamos volver a contemplar el bamboleo de un muerto del que apenas se esperaba algo más que un saludo para los que lo cargaban. ¿Dónde quedó aquella profecía de Jesús que decía: *¿Cuando sea levantado atraeré a todos hacia mí?* Porque ahora el foco de atracción era otro.





Pero ¿cómo íbamos a ver?, ¿cómo íbamos a entender?, ¿cómo íbamos a creer los que mirábamos si vivíamos de buscar la propia gloria? Ya lo había advertido Jesús, pero ahora no hablaba, nos dejaba solos para que recordáramos, si es que nos atrevíamos. Hubo un tiempo, el año anterior decían algunos, que Jesús se escabulló de entre la gente porque lo querían hacer rey. En otro momento, lo hizo porque querían matarlo, pero parece que no era muy distinto, parece que unos y otros solo le buscaban para decirle: *¿Qué hay de lo mío?*

Me buscáis porque os he dado de comer. Recordar esta frase de Jesús impresionaba en este ambiente. Pero este año Jesús dejó hacer. Dejó que le trajeran y llevaran entre intereses bastardos, dejó que le fotografiaran sin fijarse en él si no era para colocarlo en una posición donde la escena podía ser más impactante, y ante la que uno ya no se conmovía por su propio pecado, sino que solo se dejaba llevar de esa estética pasajera en la que millones de fotos se pisaban unas a otras caminando hacia el olvido.

Jesús seguía allí, aunque casi nadie se daba cuenta, *como un cordero llevado al matadero*, para que todos tuvieran su parte en el banquete de los beneficios. Y es que él había querido repartirse, repartir su vida... Pero, ¿de esta manera? El solo había buscado nuestro bien, pero

no al precio de la utilización de las personas, de la indiferencia por sus sufrimientos. Y esto es lo que ahora no queríamos ver, y para eso lo vestíamos todo de un esteticismo que no nos dejaba cruzar la mirada con su presencia.

Mientras, en las aceras, aunque lejos del bullicio de todos los que tenían a su lado, algunos hombres y mujeres lloraban disimuladamente. La escena les recordaba tanto el cáncer de su padre, el accidente de su hijo, el dolor del desprecio que sufrían... que sin saber cómo ni por qué se sentían comprendidos, acompañados, en algún sentido protegidos de un dolor que los buscaba desde por la mañana para no dejarlos vivir. Mientras, alguno que otro, tuvo que salir de la Iglesia cuando estaba preparando el paso, porque la presencia de este cuerpo le acongojaba y le hacía enfrentarse a la verdad de su vida, una verdad que no quería reconocer.

Alrededor del crucificado, todos estábamos escondidos. Unos debajo de su caperuz, otros debajo de sus palabras y sus gestos. Todos escondidos de nosotros mismos porque las tinieblas saben hacer su trabajo y no nos dejan ver cuando no queremos ver, cuando no vemos y presumimos de ver. Como olvidar las palabras de Jesús: *Si estuvierais ciegos no seríais culpables, pero como decís que veis vuestro pecado permanece.*





Y así Jesús iba perdiendo fuerzas mientras caminaba por las calles de aquella ciudad a la que tanto había amado. Reconociendo el rostro de las gentes por las que se entregaba, gentes a las que llevaba desde siempre en su corazón y por las que ahora solo podía llorar: *iJerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a quienes te han sido enviados. Cuántas veces intenté reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los polluelos bajo sus alas, y no habéis querido.* Cayo una, dos, tres veces, y la gente se emocionaba al ver lo bien que había caído, al ver el dolor tan bien expresado de su boca, la languidez de sus ojos... Algunos estuvieron a punto de pedir una cuarta caída en el recorrido.

Murió en el silencio que había elegido, en el silencio que necesita el amor que no quiere imponerse, en el silencio donde al corazón solo le queda Dios como lugar de amparo. Y también murió gritando y perdonando, pero nadie entendió sus palabras porque estaban a otras cosas. Murió esclavo de nuestros intereses, murió otro año más buscando amor con amor, y recibiendo una atención que, en apariencia dirigida a él, solo era preocupación por nosotros mismos.

Todo se acababa y algunos estiraron la historia antes de que se terminara la semana. Había que sostener como fuera a la población aquí, en la calle. Y mientras algunos le sentían resucitado en

sus negocios y en su prestigio, otros permanecían silenciosos al lado de su tumba, donde reposa todo el año para los que lo buscan, donde espera a que uno haga silencio y deje expresar la vida verdadera de su corazón. Donde en silencio pueda escuchar su nombre verdadero y recibir un poco de aliento, más aún, una esperanza impecedera, como sucedió con María Magdalena. Algunos descorazonados se dirigían a la tumba y no veían nada, solo los restos de las muchas procesiones, algunos ya ordenados para guardarse hasta el año siguiente. Y uno de ellos, creyó. Y hubo una que cuando ya nadie esperaba nada más, dijo a todos: *Os espera en Galilea. Allí lo veréis.* Y en esto andamos, intentando reconocerlo mientras aprendemos a vivir su misma vida.

Rememorar. Actualizar. Atraer la historia para que nos enseñe, aunque no nos guste descubrirla en nuestra propia piel; para que veamos de verdad lo que paso, cómo no quedó ni uno en pie, cómo todos caemos sin saber resistir la prueba. Por eso, ante esta historia solo la compunción nos enseña, solo la compunción nos salva, solo aquel cruce de miradas que Jesús y Pedro se dirigieron a la salida del pretorio y que le hizo llorar, y que también se nos ofrece a cada uno de nosotros si no huimos. Pero para ello hay que tener el valor de aceptar aquella pregunta que Jesús lanzó a lo que le buscaban en Getsemaní para llevarlo en procesión hasta la cruz: *¿A quién buscáis? ¿qué buscáis?*

